

GUSTAF SKÖRDEMAN

GEIGER

Traducción:

EVA GAMUNDI ALCAIDE



MAEVA | NOIR

LAS TAZAS DE café de Royal Copenhagen, en las que solo quedaban los posos, seguían en la mesa, y la bandeja de la tarta y los vasos de zumo estaban vacíos. Había servilletas de lunares azules sucias y sin usar. El mantel estaba lleno de migas y de manchas de café, y aquí y allí los vasos habían ido dejando círculos de un rojo brillante. Las sillas se habían quedado separadas de la mesa, después de que los más pequeños se hubieran marchado corriendo.

Ahora, la mitad de los nietos ocupaba el sofá, diseño de Josef Frank. La otra mitad iba corriendo y gritando, atiborrados de azúcar y muy exaltados. De la nada surgió una pelota de tenis que por suerte aterrizó entre los platos conmemorativos de varias ciudades europeas que había colgados en la pared: Berlín, Praga, Budapest, París, Rostock, Leipzig, Bonn.

Los niños se habían quedado con los abuelos durante la última semana de clase para que sus padres pudieran irse de vacaciones a Bretaña. Las hermanas Malin y Lotta querían aprovechar antes de que empezaran las vacaciones de verano y media Suecia se desplazara hasta Francia.

Durante el transcurso de la semana, Stellan, el abuelo, se había refugiado en el despacho mientras que la abuela, Agneta, hacía el desayuno y la cena, y llevaba y traía a los niños del colegio y a las actividades extraescolares. Y supervisaba el baño desde el muelle esas tardes excepcionalmente cálidas de principios de verano. También era la abuela la que preparaba y metía en la maleta los tubos de bucear, las aletas, los bañadores, las gafas de baño, las piezas para jugar al Kubb y lo que quedaba del protector solar. Y luego toda la ropa, las tabletas, los cargadores y los libros del colegio.

Y allí estaban ahora las dos hermanas con sus maridos para llevarse a los niños. Parecía casi como si la casa soltara un suspiro de alivio porque dentro de poco reinaría la calma y todo volvería a la normalidad.

La puerta del jardín estaba abierta y por ahí caminaba Lotta al lado de su anciano padre, mientras él le señalaba las últimas plantas de los arriates y de los maceteros. La mayoría de las flores ella ya las conocía, pero algunas eran nuevas. A Stellan le gustaba mantener sus favoritas e ir variando el resto.

Creía que estaban más bonitas justo antes de abrirse. Cuando los brotes comenzaban a agrietarse. En eso discrepaban padre e hija.

Lotta escuchaba atentamente a su padre mientras él le iba enseñando entusiasmado el esplendor de las flores. Rudbeckias, malvarrosas, consueltas azules, dulcamaras que habían salido solas, orégano, menta, milenrama y loto corniculado. Stellan adoraba sus flores, y Lotta pensó en cuánto tiempo había pasado en el jardín durante su infancia. No podían molestar a su padre cuando estaba allí, pero todos sabían dónde se encontraba.

Mientras Stellan se detenía para recuperar el aliento, Lotta se giró discretamente y fingió que estaba contemplando la vivienda: la elegante casa de estilo funcional que se sabía de memoria y que, en realidad, no tenía ningún motivo para quedarse contemplando. Las amplias ventanas y las dos terrazas con las fantásticas vistas al lago Mälaren y la isla de Kärösön.

Después recorrió con la mirada el sendero del jardín, aquellas doce baldosas pesadas por las que ella y su hermana habían saltado tantas veces y que su padre llamaba jocosamente «los doce pasos hacia una vida mejor», porque conducían al cobertizo. Allí se podía dedicar a lo que más le gustaba del mundo sin que nadie lo molestara.

Había costado tanto colocar las baldosas que Stellan decía que ya se quedarían allí para siempre. Y por el momento llevaban cuarenta años en su sitio, con lo que quizá la profecía se acabara cumpliendo.

Miró a su padre. Tenía ochenta y cinco años, estaba tan lúcido como siempre, pero con el cuerpo cansado y envejecido. Tanto que se dejaba algunas partes del cuello cuando se afeitaba. Siempre había sido alto, pero ahora estaba encorvado. Aquellas gafas enormes que lo caracterizaron desde que a Lotta le alcanzaba la memoria se le torcían con frecuencia, y se le veía la mirada turbia detrás de los cristales.

Lotta era casi tan alta como Stellan, pero por lo demás no se parecían demasiado. El padre tenía el pelo rubio ceniza, y la hija, negro. Según Stellan, una herencia de la abuela materna, que tanta voluntad tenía. Y mientras su mirada era amable y cálida, la de la hija resultaba inquisitiva y escéptica.

—¿Por qué no nos sentamos un rato? —dijo Lotta, ya que se había dado cuenta de que el padre estaba cansado y sabía que nunca lo reconocería.

Se sentaron en el banco verde desconchado que había fuera del cobertizo. Stellan se abanicó con un plato de papel que antes contenía bulbos, y Lotta se secó el sudor de la frente. Aquel calor casi no le parecía natural. Llevaba todo el mes de mayo atenazando al país entero y no daba ninguna señal de que fuera a remitir en junio.

Cuántas veces se habrían sentado allí juntos. Un banco para descansar, pero con todas las herramientas al alcance de la mano: un lugar en el que era posible recuperarse y estar preparado para trabajar.

O al menos uno podía intentar convencerse de que así era.

En el cobertizo había muebles de exterior apilados y herramientas de jardinería que llevaban décadas sin utilizarse. Azadas, aspersores, una regadera de cobre, la hamaca a rayas ya llena de moho y las antiguas tumbonas que chirriaban y con las que les encantaba jugar a las hermanas cuando eran niñas. Tomaban el sol todavía entre montones de nieve durante los primeros días de primavera, «tomaban las nubes» en días nublados de verano, se pasaban todo el verano jugando a que las tumbonas eran barcos, coches, aviones, cohetes espaciales o muelles desde los que saltaban al agua imaginaria.

Cuando las hermanas se hicieron demasiado mayores para jugar, las tumbonas acabaron en el cobertizo, y allí habían permanecido desde entonces. Sin embargo, Stellan las utilizaba para descansar en secreto mientras trabajaba en el jardín, pero lo delataban los suaves chirridos que se oían a través de las paredes.

Ahora el cobertizo era más como un monumento de una época pasada. Solo la mesa del jardín veía la luz cada año; la sacaba Jocke, el jardinero, que seguía presentándose como un reloj, aunque llevaba mucho tiempo jubilado. Tampoco aceptaba que le pagaran. Había

ido cada semana desde que Stellan y Agneta se mudaron allí recién casados, a principios de los setenta, y así había continuado incluso después de la jubilación, sin que él lo preguntara ni se lo pidieran. Tal vez necesitara la rutina para no decaer.

Lotta entreabrió la puerta del cobertizo y notó que una masa de calor se le echaba encima. Las temperaturas estivales convertían el interior en un verdadero horno.

—¿No vais a volver a abrir esa ventana? —le preguntó señalando el tablero de contrachapado que había clavado en la pared del fondo—. Ya no somos niñas, no hay riesgo de espionaje.

—No, pero ahora tenemos espías nuevos —dijo Stellan con una sonrisa.

—Solo les hacen caso a las pantallas.

—Le pediré a Joa que lo quite. La ventana da a un arbusto de kolkwitzia precioso, pero es que ya no paso tanto tiempo aquí.

—Yo diría que nada —replicó Lotta, que detuvo la mirada en las tumbonas llenas de óxido.

—Toma, para ti —le dijo Stellan Broman a su hija mientras le ofrecía una flor. Cada vez que iba a visitarlo le daba una planta o un bulbo del jardín para la huertecita que tenía en la cocina, y ella lo aceptaba agradecida.

—¿Qué es? —le preguntó.

—No lo sé. Creo que una clarkia. La plantó Jocke.

—Siempre le echas la culpa a él.

Lotta le sonrió a su padre.

Joachim siempre había sido una parte innegable de su vida, y él y su padre discutían a todas horas sobre quién era el que más sabía de las flores. La verdad es que había aprendido más de plantas y jardines con Jocke que con su padre, pero aún recordaba con cariño su interés por la jardinería cuando ella era niña, ya que eso significaba que él estaba en casa. No en el trabajo, y tampoco en la casa rodeado de colegas y amigos. Nada de celebraciones grandiosas, nada de trabajo, solo el quehacer tranquilo con los arriates.

Su vida debía de haber sido mucho más tranquila durante los últimos treinta años. ¿Anhelaría los viejos tiempos? ¿Ser el centro de atención?

Al menos les había dado a ella y a Malin una infancia distinta, una niñez que todos sus amigos envidiaban. Y ¿qué habría cambiado si el padre hubiera estado más en casa, si no se hubiera encerrado en su cuarto de estar o si no hubiera huido al jardín en cuanto entraba por la puerta? Después de todo, siempre tuvieron a su madre.

Y no cabía duda de que había sido una época muy emocionante, con todas esas caras conocidas que se presentaban en la casa, con todas las fiestas y las bromas, y todos los adultos que se dedicaban a cosas extrañas.

¿Sería la intensa vida social de los padres el motivo por el que ella era tan solitaria? La adicta al trabajo que llevaba dentro era sin duda herencia de su padre, pero cuando no estaba trabajando tampoco quería quedar con nadie. En esos momentos lo que deseaba era sentarse a leer un libro. O quizá quedar con un amigo para hablar. Un amigo.

El grito estridente de un niño les anunció que era hora de volver con los demás.

Como de costumbre, Malin se había quedado dentro con la madre. Nunca le había gustado el jardín. «Puaj, gusanos y cochinillas», sentenció ya con seis años, y no había cambiado de opinión desde entonces.

Lotta, la morena, y Malin, la rubia. La competente hermana mayor y la princesita consentida.

Casi como parodia típica de hermana pequeña, no había ayudado a su madre ni a limpiar, ni a guardar las cosas ni a fregar, pensó Lotta. Sí que había bajado del desván una caja con ropa vieja y estaba buscando prendas *vintage* para sus hijos.

—¿De verdad quieren ropa vieja? —preguntó Agneta.

—Pero si son superbonitas —dijo Malin mientras levantaba un mono celeste de felpa de su infancia.

Malin, con aquella melena rubia y aquellas cejas oscuras, era igualita que su madre. No cabía duda de que Agneta había sido una belleza deslumbrante, y aún a sus setenta años le seguían lanzando miradas por la calle. A pesar de que ella no se percatara. La belleza de madre e hija hacía que la gente quisiera lo mejor para ellas. Como si surgiera de su interior, y por eso no se la envidiaban.

Mientras Malin y Lotta estaban con sus padres y sus hijos correteaban, las respectivas parejas de las hermanas se habían retirado, como siempre. Algo acerca del trabajo, el coche o la reforma del cuarto de baño, sobre lo que podían hablar apartados del resto. Christian, con una camisa bien planchada y zapatos relucientes; Petter, en pantalones cortos y sandalias. No estaban muy cómodos cuando estaban juntos, un hombre del mundo de las finanzas y un burócrata cultural, pero ninguno de los dos estaba cómodo en absoluto con su suegro, el legendario presentador de televisión, de modo que recurrían el uno al otro. Ninguno estaba particularmente versado en las cuestiones que le interesaban a Stellan: la televisión de los años setenta y ochenta, los viajes por Europa o la estrecha relación entre la cultura clásica, el entretenimiento y la formación de la gente. Ninguno era capaz de citar a Schiller.

Después de ver que los cuñados habían seguido su patrón habitual, Lotta comprobó que los niños proseguían con el suyo. Sus hijos estaban sentados con la cabeza encima del móvil, y los dos de Malin se estaban peleando. Molly gritaba porque Hugo le había lanzado la pelota de tenis a la frente y le había dicho que le diera un cabezazo. La pelota había rebotado en la pared y luego en el borde de la mesa, entre dos tazas de café.

Ya era hora de llevar a los niños al entrenamiento y así librarse de los maleducados hijos de Malin. Tenía muchas reuniones pendientes, en su trabajo ausentarse una semana era muchísimo. Por suerte, Petter podía escoger su horario y los niños tenían el verano repleto de actividades.

—Es hora de irse. Dadle las gracias a la abuela y vestíos.

Leo se apartó el flequillo, se acercó a su abuela y la abrazó. A Sixten se lo tuvo que repetir, pero luego también se acercó a darle las gracias.

Malin echó un vistazo a la ropa que le faltaba por revisar, arrojó unas prendas en una bolsa y soltó la caja de cartón. Lotta se fijó en que no la había vuelto a subir al desván. Y estaba segura de que la bolsa que su hermana había llenado con la antigua ropa de su infancia permanecería intacta durante muchos años.

Lotta abrió la puerta para que salieran los niños. Petter se percató de la señal de inmediato, entró a darles las gracias a sus suegros, se dio la vuelta y se metió en el coche. Mientras tanto, ella ayudó a los hijos de Malin a ponerse la ropa. La hermana tuvo que ir en busca de Christian para decirle que entrara a despedirse, y después Lotta los llevó a todos a los dos coches aparcados en el camino que conducía a la casa, mientras se quedaba dándole un abrazo a su madre.

Stellan regresó al salón, al sillón de leer. Un Pernilla muy usado. Como sonido de fondo, a modo de protección, sonaba la *Pasión según San Mateo*. La grabación clásica de 1988 de John Eliot Gardiner con Barbara Bonney.

Agneta salió a las escaleras de la entrada a despedir a las hordas que se retiraban. El timbre del teléfono proveniente del interior atravesó el aire, y Agneta les dijo a sus hijas que tenía que contestar. Malin no pudo evitar comentar con una sonrisa que sus padres debían de ser las únicas personas que conocía con un hijo en casa. Dijo que nunca sería capaz de explicarles a sus hijos lo que era un hijo.

—Es cosa de tu padre —dijo Agneta excusándose—. Quiere mantenerlo a toda costa.

Volvió a la casa mientras su hija menor se reunía con el resto de la familia, que estaba esperándola.

Agneta entró en el despacho y descolgó el pesado auricular con cable rizado del antiguo modelo Dialog con dial rotatorio.

Contestó con el apellido, como siempre.

—Broman.

Al otro lado de la línea, una voz masculina con un marcado acento dijo en alemán:

—¿Geiger?

Era lo que se temía.

Dios mío.

Los niños.

Pero oyó que en el exterior los coches estaban arrancando, y se dio cuenta de que no tenía otra opción.

Hizo un cálculo rápido, después respondió con un sucinto «Sí» y colgó.

Luego subió las escaleras y se dirigió al dormitorio, sacó el cajón de la mesita de noche, levantó los manuales de instrucciones del despertador y de la báscula del baño y sacó una pistola grande y negra, una Makárov, y un silenciador que enroscó en el arma.

De camino al salón, amartilló la pistola y comprobó que seguía en buenas condiciones, a pesar de que había pasado tanto tiempo sin utilizarse. Al menos la había limpiado y la había engrasado.

Se acercó a su marido por detrás, le colocó la boca del arma en la cabeza.

Y entonces apretó el gatillo.

La sangre salpicó el libro, que luego se le cayó de las manos a Stellan. El *Fausto* de Goethe en su lengua original.

El disparo no había sonado muy fuerte, pero sí más de lo que ella recordaba, así que, por si acaso, bajó el arma y se acercó a la ventana del salón.

Parecía que las hermanas habían estado deliberando sobre algo, ya que aún no se habían puesto en marcha. Pero en ese momento Lotta se dirigía desde el coche de Malin al suyo, y se metió dentro.

Lotta volvió a mirar la casa mientras se sentaba en el asiento, vio a su madre observándolas y la saludó con alegría. Malin siguió la mirada de su hermana e hizo lo propio.

Con la pistola escondida a la espalda, Agneta les devolvió el saludo con la mano libre. Las hermanas dieron unos golpecitos en las ventanillas traseras para que los niños también se despidieran de la abuela. Así lo hicieron, y ella sonrió pensando que, si tenía unos nietos tan maravillosos, algo debía de haber hecho bien.

2

—HAN LLAMADO.

Karla Breuer levantó la vista del libro y la clavó en Strauss. Su querida bala de cañón, como solía llamarlo ella. Bajo, esférico y de una eficacia letal.

Sabía que él la llamaba el Espectro Blanco, por su larga melena blanca, los ojos del azul del hielo y la ropa nívea. Y porque la veía como un vestigio del pasado, una aparición de una época olvidada.

—¿Quiénes? Y ¿a dónde?

—Beirut. A Estocolmo —dijo Strauss, y se percató de que Espectro no se lo esperaba.

Era uno de los muchos números que vigilaban, y uno que nadie creía que se volvería a utilizar. Probablemente esa fuera la razón por la que el departamento de Strauss y Breuer era uno de los últimos que iban a trasladar; nadie pensaba que sus objetivos siguieran siendo de interés. Parecía que, después de que el servicio de inteligencia abandonara Pullach por Berlín, quisieran dejar aquel mundo viejo atrás. Pero Breuer insistía en que el pasado nunca desaparecía.

Breuer era la única del departamento que estaba en el servicio de inteligencia cuando el número de Estocolmo se consideraba activo. Y de eso hacía muchos años. Pero ahora, al parecer, volvía a estarlo, contra todo pronóstico.

—Pues habrá que ir.

Breuer se puso en pie y pasó justo por delante de Strauss sin mirarlo. En los cuatro años que habían trabajado juntos, nunca habían llegado a ser amigos, pero ahora eran ellos los responsables.

Aunque la decisión la tomaba Schönberg.

Strauss echó un vistazo al despacho de Breuer cuando ella pasó por su lado. Ni una de las pantallas estaba iluminada, ni uno de los ordenadores estaba encendido. En cambio, sí que había pilas de libros e informes. No comprendía que mantuvieran a una agente completamente analógica. ¿A quién tendría amenazado? Durante las

cuatro décadas que había pasado en los servicios de inteligencia seguro que había recopilado todo tipo de información. Después se giró y se apresuró a seguirla.

«Ya no queda mucha gente en los edificios», pensó al mirar alrededor. La mayoría se había mudado al nuevo complejo de Berlín. El edificio administrativo más grande del país, que había costado mil quinientos millones de euros.

Por el tamaño y su localización en medio de la capital alemana, los arquitectos y los clientes deberían haber pensado en las antiguas oficinas de la Stasi, el Servicio de Inteligencia de la Alemania Oriental, pero estaba claro que no habían reflexionado sobre ello, o que no les había importado.

En una sociedad abierta, las actividades cerradas ya no despertaban tanto temor.

Breuer tocó la sexta puerta del pasillo, la de Schönberg, y entró antes de que Strauss la hubiera alcanzado.

Schönberg estaba sentado con un montón de carpetas delante, tres de ellas colocadas una al lado de otra, pero cerradas. Debió de plegarlas cuando llamaron a la puerta. Allí dentro también se guardaban secretos.

—Han activado a Geiger —dijo Breuer.

Schönberg no respondió, sino que le lanzó una mirada como diciendo «¿Y qué?».

—Eso quiere decir que van a activar a Abu Rasil —añadió Breuer—. Ahora podemos atraparlo.

—¿Crees que sigue vivo? —preguntó Schönberg—. ¿Después de más de treinta años de silencio?

—Está vivo. Se retiró, pero lo van a volver a activar. No habrían llamado a Estocolmo si Rasil no siguiera con vida.

—¿Y qué puede hacer hoy por hoy?

—Si lo han activado después de tres décadas, probablemente sea algo espectacular. Tenemos que ir.

Schönberg se quedó en silencio.

—¿Para qué está nuestro departamento si no nos tomamos en serio los sistemas de alerta?

Schönberg se limitó a mirarla.

— Precisamente cuentan con eso — prosiguió Breuer — . Que nadie crea que Rasil está vivo. Que nadie haga nada.

— ¿Hasta qué punto estáis seguros de la señal? — dijo Schönberg al fin.

Breuer miró a Strauss.

— Al cien por cien — respondió Strauss, porque comprendió que era lo que Breuer quería que dijera. Por lo general, el jefe de unidad saliente recomendaba a su sucesor, y Strauss estaría encantado de tomar el relevo. Y no quedaban muchos años para que hubiera que cubrir el puesto de Schönberg como jefe de departamento. Strauss podía ver con claridad cómo se desarrollaría su trayectoria profesional.

— Te quedan cuatro meses para jubilarte, Breuer. Manda a Strauss.

Breuer no se dignó a responder.

Schönberg dio un suspiro.

— ¿Cuánto tiempo llevas a la caza de Abu Rasil? ¿Cuarenta años?

— Me pasé diez persiguiéndolo, después desapareció. Y estuve muy cerca de atraparlo varias veces.

— Bueno, eso es lo que tú crees.

— ¿Vamos a permitir que se escape el peor terrorista al que hemos investigado?

Schönberg se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz. Después miró a sus subordinados.

— Abu Rasil es un mito — dijo — . Una leyenda que fabricaron los palestinos en los setenta para asustar a Occidente.

— Y eso precisamente es lo que Abu Rasil quiere que pienses.

— El superpoderoso terrorista. Que el mismo cerebro fuera el responsable de casi todos los atentados de la época en Europa es una historia demasiado buena para ser cierta.

— ¿Pues como regalo de despedida entonces? — dijo Breuer clavando la vista en su jefe. Schönberg y Strauss se dieron cuenta de que no iba a rendirse.

— Ve — contestó Schönberg — . Llévate a Strauss y a Windmüller. Pero tenéis solo una semana.

— Nos marchamos ahora mismo.

— ¿Ahora mismo?

— Ahora mismo. Rasil seguro que ya está en movimiento.

Breuer se giró y salió, y Strauss fue corriendo a su despacho a por la chaqueta y el arma reglamentaria. Podía comprar cualquier otra cosa por el camino. Excepto una Glock 17 y una Zegna de la talla 60 hecha a medida.

En el despacho de Strauss no había montones de libros, pero sí el mismo número de monitores que en los despachos del resto, aunque encendidos, a diferencia de los de Breuer. Y los pósteres de Nick Cave y su adorado Devialet Phantom Gold, el mejor equipo inalámbrico del mundo para reproducir música. Conforme los colegas se fueron mudando a Berlín, Strauss había podido subir el volumen cada vez más.

Dudó un segundo en el umbral de la puerta, pero después no pudo contenerse. Encendió el Phantom con el mando a distancia y puso *The Good Son* desde el móvil.

—*One more gone. One more man gone. One more ma-an...*

Maravilloso.

Luego volvió a salir a toda prisa y se apresuró por el pasillo para anunciarle a su colega que iría con ellos a Suecia. Windmüller era uno de los muchos agentes adiestrados cuyo cometido consistía en garantizar su seguridad y proteger su vida.

La fijación de Breuer con Abu Rasil era bien conocida y cuestionada en todo el BND, el Servicio de Inteligencia Alemán. Esa sería su última oportunidad de demostrar que la leyenda era cierta, y que ella siempre había tenido razón.

Strauss no sabía qué creer, pero nunca se atrevería a cuestionar a Espectro Blanco. Al menos, no públicamente y no mientras ella siguiera en activo. Breuer conocía a mucha gente con gran poder en la cadena de mando.

Ninguno de los tres tenía familia a la que avisar, así que solo les quedaba ponerse en marcha. Windmüller se montó en el centro de operaciones móvil mientras Strauss le abría la puerta del BMW a Breuer. No era capaz de estimar la seriedad de la misión. Pero si Abul Rasil existía, y si lo habían activado, entonces lo que estaba ocurriendo era grave.

Muy grave.

3

EN CUANTO SE marcharon las hijas, se puso en marcha a toda prisa.

Se hizo con una mochila que había en el vestíbulo y subió corriendo las escaleras al piso superior. Años atrás, el cuarto de baño le parecía el sitio más seguro. Por tres motivos. Podías encerrarte, quedabas libre de miradas y a nadie se le pasaba por la cabeza preguntar qué estabas haciendo allí dentro. Y los muchos invitados de la casa usaban siempre el servicio de la planta de abajo.

Enterrar las cosas en el jardín o marcharse a un bosque podía parecer sensato en el momento, pero cuando hubiera necesitado el equipo, no habría sido viable recuperarlo enseguida. Ya entonces había pensado en eso.

Ahora andaba escasa de tiempo. Seguro que ya iba gente de camino.

La cuestión era a qué distancia se encontrarían.

Y quiénes serían.

El portarrollos del papel higiénico no bastaba, por mucha fuerza que empleara, así que tuvo que bajar corriendo al sótano a por un martillo. No había pensado en cómo iba a romper los azulejos ni en cuánto ruido haría cuando años atrás guardó el paquete en la pared del baño y la alicató.

Pero ahora no la oía nadie.

Blandió el martillo con toda la fuerza y la rapidez de las que era capaz y rompió el azulejo al primer intento. Siguió golpeando para quitar el resto de la baldosa, levantó el borde del aislante para la humedad resquebrajado que había debajo, introdujo dos dedos y logró sacar el paquete de emergencia, envuelto en un trozo de hule.

Un buen fajo de billetes de mil coronas, pero se dio cuenta de que ya no eran de curso legal. O sea, que no tenía más remedio que arreglárselas con el dinero en metálico que había en la casa. Por suerte siempre guardaban un poco en la cajita de hojalata de la cocina.

Tres juegos de pasaportes con nombres distintos, aunque por supuesto todos con una fecha de expiración muy antigua.

La clave para la emisora de radio.

Las llaves de un coche; ¿seguiría estando allí? ¿Cuándo fue la última vez que lo comprobó?

Un folleto de instrucciones para sobrevivir lejos de la civilización, que guardó a regañadientes.

Cápsulas de cianuro. Dios mío.

Nunca había escondido la pistola ahí, sino que prefería tenerla a mano; se había decidido por la mesita de noche y había elaborado una historia rebuscada sobre que era una herencia de su padre por si alguien la hubiera descubierto. Pero nadie la descubrió.

Se detuvo. ¿Era un coche?

Se dirigió rápidamente al vestíbulo de arriba, levantó con cuidado el visillo y miró de reojo la calle.

Nada.

Pero ¿de verdad iban a aparcar frente a la casa? ¿No dejarían el coche un poco más lejos y se acercarían después con sigilo? Aunque, ¿qué dirían los vecinos si vieran a hombres misteriosos atravesando furtivamente su jardín en aquel barrio adinerado?

No, lo más sencillo era conducir hasta la casa y aparcar en la calle, y así parecería que tenían un motivo para estar allí. Tal vez incluso se hubieran procurado una furgoneta de paquetería o una camioneta en la que se leyera la palabra «fontanero». Algo que nadie recordara.

Sin embargo, aún no habían llegado. No sabía si contaba con horas, minutos o segundos. Tenía que regresar y continuar.

— ¡MI PLÁTANO! — EXCLAMÓ Molly.

— Lo recuperaremos la próxima vez que veamos a la abuela — dijo Malin.

— ¡NO! — gritó la niña.

Malin dio un suspiro.

— Creo que tenemos que dar la vuelta — le dijo a Christian.

Sabía lo obsesionada que estaba su hija con aquel muñeco sonriente alargado y amarillo. El plátano hacía las veces de compañero

de juegos y de peluche, y si no volvían enseguida a por él, la niña no dejaría de llorar.

Christian echó un vistazo rápido a su Rolex GMT-Master II. Era el modelo Pepsi, del que estaba no poco orgulloso.

Mierda.

Perderían el día entero.

Pero no podían hacer mucho más.

Acababan de pasar Brommaplan, donde podría haber girado, pero reaccionó demasiado tarde y tuvo que continuar hasta la rotonda y rodearla entera; ya estaban volviendo.

Joder con el muñeco.

LAS MANECILLAS DEL reloj avanzaban y volvió a entrar en el baño, sacó el paquete de cemento rápido en polvo y lo mezcló con agua en el vaso de los cepillos de dientes. Extendió el lodo resultante en la parte trasera del azulejo suplementario, que llevaba años en el fondo de su cajón del armario del baño al lado del cemento en polvo, puso el azulejo sobre el agujero y colocó delante la cesta de las toallas. No engañaría a nadie que investigara detenidamente, pero tal vez ganara unos días, que ya era bastante. Tenía que conseguir tiempo a toda costa.

Guardó el vaso de los cepillos de dientes y los restos del azulejo en la mochila, junto al dinero y los pasaportes. Después bajó a la cocina y preparó algo de comida. De repente, se le ocurrió una idea y corrió al garaje para guardar el cargador.

Bien. ¿Ahora qué?

Hay que sembrar un poco de confusión.

¿Cómo?

El joyero. La cartera de Stellan. Algo más.

El pequeño cuadro de Munch que había en el cuarto de baño de invitados.

Todo a la mochila.

Luego abrió varios cajones y revolvió el interior.

¿Qué más?

Cómo no. El porqué de todo aquello. Tardó un minuto en ir a buscarlo.

Miró el reloj.

Había pasado demasiado tiempo.

Tenía que marcharse.

No podía llevarse su coche, lo sabía, así que salió al cobertizo del jardín y sacó a tirones la vieja bicicleta que llevaba allí décadas. Rosa con los puños blancos. Debía de ser de una de sus hijas, aunque no recordaba que ninguna de las dos la hubiera usado nunca.

Con los años, la bici se había ido quedando tras rastrillos, palas, desbrozadoras, una carretilla, tumbonas y diversas tablas que podrían resultar útiles algún día. Una manguera abandonada se había enredado en el cuadro, el manillar y la rueda delantera. La cadena no estaba engrasada y los neumáticos apenas tenían aire, pero se podía usar.

¿La estaría viendo algún vecino? Seguro que los interrogaban, y no quería que ninguno de los elementos que se iban a movilizar se enteraran de la existencia del vehículo de dos ruedas que había utilizado para huir. Dado que sus hijas hablaban con ella con escasa frecuencia, debería contar con cerca de una semana antes de que cualquiera de las dos empezara a preocuparse. Durante ese tiempo, al menos la policía la dejaría en paz.

Lo peor eran los otros.

Los que habían llamado.

Y los que podían haber estado a la escucha.

No tenía ni idea de con cuánto tiempo contaba.

¿Horas? ¿Días?

¿O quizá se conformaran con la conversación y esperaran al resultado?

Harto improbable, y ahora tenía prisa de verdad.

Entró para echar un último vistazo. Miró por la ventana de la puerta de entrada. No vio nada raro fuera, se abotonó la chaqueta de montaña y se puso un gorro. Pasaría calor, pero debía disfrazarse de alguna forma.

Finalmente, se acercó a su marido muerto y le dio un beso en la coronilla.

—Gracias por estos años. Deséame suerte.

Le acarició la mejilla, y después se dirigió hacia la bicicleta y se marchó pedaleando.

En el preciso instante en que Agneta Broman desaparecía con la vieja bicicleta de sus hijas en la curva de la calle Grönviksvägen, el BMW M550d xDrive Touring negro de Malin Broman-Dahls llegó y enfiló hacia la vía por la que acababa de huir su madre, a apenas cien metros de la casa familiar, en el número 63.